

CHINA SIN TIANANMÉN



China se ha quedado sin Tiananmén. Ha borrado de su memoria y de su mapa toda reminiscencia de lo que simboliza este nombre: la represión dictatorial y la masacre de un régimen contra su propio pueblo.

Tiananmén se traduce literalmente como “Puerta de la Paz Celestial”. Expresión desconcertante, sin duda, para designar el enclave en torno al cual entre el 3 y el 4 de junio de 1989 la cúpula militar china provocó una brutal carnicería entre sus ciudadanos, que llevaban semanas demandando pacíficamente democracia y justicia social.

UN ENSORDECEDOR SILENCIO

Nadie puede hoy conmemorar públicamente en territorio chino el aniversario de la tragedia. Está completamente prohibido. En el parque Victoria de Hong Kong, los miembros de la *Alianza en Apoyo de los Patrióticos Movimientos Democráticos de China* (más conocida como “la Alianza”) encendían año tras año la esperanza de que el país alcance un día la democracia, convocando una vigilia conmemorativa. Yo tuve el privilegio de asistir a ella en dos ocasiones. Además de una penetrante emoción, me embargó la convicción de que el movimiento pro-democracia es patriótico y refleja lo más genuino del pueblo chino. No se trata de un “grupúsculo” (極少數) de “agitadores” (動亂) o provocadores de disturbios instigados por fuerzas extranjeras -como decidió retratarlos el ala más dura del régimen para justificar la represión-.

Sin embargo, la conmemoración del aniversario de Tiananmén fue proscrita por las autoridades de Hong Kong en 2020, con pretexto de la pandemia. A esa medida se sumó una feroz represión contra los activistas que movilizaban las calles desde 2019, el desmantelamiento de las fuerzas parlamentarias prodemocracia y el encarcelamiento o exilio de sus líderes. En 2021, tras un prolongado litigio, sería además clausurado el museo hongkonés dedicado a la memoria del 4 de junio.

Ante todo ello, “uno no puede dejar de preguntarse por qué un gobierno que se siente tan orgulloso de sus logros económicos y diplomáticos está tan preocupado por un acontecimiento que tuvo lugar hace ya 35 años” -ironiza J.P. Béja, uno de los expertos que más se ha adentrado en la tragedia-. “En un partido oficialmente cimentado sobre el marxismo-leninismo, que se jacta de su materialismo histórico y que dice reverenciar

el pasado como guía para el presente... el silencio sobre Tiananmén es ensordecedor”.

Otro prestigioso analista, Michel Bonin, interpreta la masacre como un “no-evento” que, precisamente por el hecho de haber sido completamente borrado de la memoria colectiva, revela su crucial importancia, su “carácter fundacional”. De hecho, la República Popular China (RPC) ha hecho crecer su deriva represiva a la sombra de tal negación.

Ante tan elocuente censura, el mundo democrático tiene la obligación moral de continuar preguntándose: ¿Qué supuso Tiananmén para China? O más aún, **¿qué habría sido de China sin Tiananmén?** Sin el fragor de carros de combate que embisten bicicletas. Sin el estruendo de las detonaciones sobre centenares de cuerpos rotos. Sin los jirones de tantos sueños, escritos con trazos de sangre sobre pancartas desgarradas.

“*Simplemente, imagínate que el 4 de junio de 1989 nunca hubiera tenido lugar, que no hubiésemos utilizado armas, tanques, soldados... que hubiésemos recurrido al diálogo para resolver los problemas que los estudiantes planteaban... ¿Padeceríamos hoy tanta tensión social? ¿Existiría una corrupción tan rampante?*” -se preguntaba hace unos años **Bao Tong**, exdirector de la Oficina de Reforma Política y mano derecha de quien entonces era la máxima autoridad del Partido Comunista Chino (PCCh), **Zhao Ziyang**-. ¿Por qué se atreve **Bao** a plantear tales interrogantes? ¿Qué pensaría **Zhao** al respecto?

UNA REFORMA ABORTADA

Quienes rememoran Tiananmén desde lejos tienden frecuentemente a simplificar. Piensan que la masacre tuvo lugar porque el *Dragón Chino*, encarnación del autoritarismo dictatorial, alzó su cabeza y abrió sus fauces sobre quienes demandaban un cambio. Pero no fue exactamente así. **Porque el Dragón no tenía una cabeza: tenía dos.** Y una de ellas, en un momento concreto, decidió devorar a la otra. El “líder supremo”, **Deng Xiaoping**, al mando de la cúpula militar, determinó acabar con quien se hallaba al frente de la cúpula política, **Zhao Ziyang**, un reformista que sentía simpatía por los manifestantes. Para ello, **Deng** llevó a cabo una maniobra extraconstitucional, que para el Prof. Wu Guoguang equivale a **un golpe de Estado encubierto**. Tan encubierto, que aún hoy muy pocos reconocen en China los rasgos de una dictadura militar.

A finales de los años 80 el país había recorrido ya un largo camino hacia la modernización. Las mentes y los corazones de muchos intelectuales, de los jóvenes y los emprendedores, se estaban preparando para la democracia. Soplaban aires frescos, que invitaban a la apertura. La fe en la ideología comunista se encontraba en retroceso, y no sólo en China. El mismo año de los sucesos de Tiananmén caería el muro de Berlín y, tras él, la Unión Soviética. Los países de Europa del Este se abrirían poco después a la democracia. También en la “otra China”, los emigrados a Formosa procedentes del continente tras la guerra civil daban pasos decididos hacia un cambio de régimen. En 1987, Taiwán había derogado la Ley Marcial y con ella la dictadura militar; en 1996 celebraría sus primeras elecciones presidenciales, a través de sufragio universal. Estos hechos desmentían con rotundidad el tópico de que la civilización china es incompatible con la democracia.

La liberalización económica que impulsaba Pekín generaba inquietud y ponía de relieve la necesidad de avanzar también en la transformación política. Las nuevas medidas afectaban negativamente a numerosos trabajadores, existía una gran inflación, enorme incertidumbre. La corrupción era alarmante.

Pero existía ya el germen de una sociedad civil capaz de plantar cara a la camarilla que copaba las instituciones del Estado, apropiándose de ellas y conculcando los principios del socialismo comunista que decía promover. Esa sociedad civil embrionaria sería la que impulsaría las protestas a favor de una reforma política, no sólo en Pekín, sino en prácticamente todas las principales capitales chinas. Casi 100 millones de personas se implicaron en las protestas, con la plaza de Tiananmén como epicentro.

EL INICIO DE LAS MOVILIZACIONES

Las manifestaciones comenzaron el 15 de abril de 1989 a raíz del fallecimiento del **Hu Yaobang**, en su momento secretario general del PCCh, caído en desgracia por su talante reformista. Numerosos estudiantes quisieron honrarle y salieron a las calles de Pekín para exigir su rehabilitación como figura política. Poco a poco, las demandas se extendieron a otras ciudades y a otros ámbitos.

Los jóvenes pedían transparencia y rendición de cuentas, medidas contra la corrupción. Rechazaban las campañas oficiales contra la “contaminación espiritual burguesa”, y exigían libertad de prensa, de expresión, de manifestación. Demandaban un Estado de Derecho democrático para acabar con los abusos y frenar las desigualdades nacidas de la incipiente liberalización económica.

“Debemos dejar esto claro: los estudiantes no se oponían al PCCh; en realidad, lo apoyaban. Pero pensaban que tenía deficiencias y plantearon propuestas. Sus ideas acerca de la democracia y de la lucha contra la corrupción eran magníficas. Querían resolver los problemas mediante el imperio de la ley y la democracia” -ha puntualizado el ya citado **Bao Tong**-.

Prueba de ello es que, a raíz de las protestas, **Wan Li**, presidente del Comité Permanente del **Congreso Nacional del Pueblo** convocó una reunión con vistas a establecer una comisión de investigación sobre la corrupción en los altos cargos y sus familias. Pero el “todopoderoso” **Deng Xiaoping** decidió no asistir. Se excusó alegando problemas de salud e incompatibilidades de agenda. Por una de esas ironías de la Historia, **Mikhail Gorbachev**, el principal artífice de la transformación democrática de la URSS, visitaría Pekín al tiempo que los halcones del régimen chino diseñaban su estrategia para lanzar las tropas contra los manifestantes.

Ahora bien, la cúpula del poder oscilaba, escindida entre la facción inmovilista -el ala dura- y la reformista. La tensión en el seno del Comité Permanente del Politburó (CPP), debido a las divergencias sobre el modo de encarar la crisis, llegó a hacerse insostenible. Tres de sus integrantes -el ya citado **Zhao Ziyang**, junto a **Qiao Shi** y **Hu Qili**- preferían proseguir el diálogo con los estudiantes y se opusieron a la promulgación de la Ley Marcial que daría pie a la masacre. Pero el primer ministro, **Li Peng**, encabezando el ala dura, persuadió a **Deng Xiaoping** y a los otros siete integrantes de la columna vertebral del régimen (conocidos como los “Ocho Inmortales”). Les convenció de que las movilizaciones eran disturbios instigados por fuerzas extranjeras para derrocar al régimen y acabar con la cúpula del poder, por lo que apuntaban directamente al propio Deng. *“Las protestas se vivieron como una amenaza existencial para el régimen. Lo que estaba en juego era su propia*

supervivencia” -ha explicado Steve Tsang, director del SOAS-China Institute-.

Sobre estas premisas, tras forzar la dimisión de **Zhao Ziyang**, secretario general del PCCh, **Deng Xiaoping**, en calidad de “líder supremo” y presidente de la Comisión Militar Central, la víspera del 4 de junio de 1989 ordenó a las fuerzas armadas “poner todos los medios”, “hacer todo lo necesario” (用一切的手段) para disolver las manifestaciones (Vogel, 2011). Con el fin de eximirse de cualquier culpa, el líder afirmó que cualesquiera fueran las consecuencias de la intervención, su responsabilidad recaería sobre aquellos que desoyeran las órdenes y continuaran las protestas. Deng pidió, sin embargo, que no se derramara sangre dentro de la plaza de Tiananmén, lo cual fue respetado. La masacre tuvo lugar en las inmediaciones, principalmente en la avenida de Chang’an. La periodista de la BBC Kate Adie, testigo presencial de los hechos, recuerda el impresionante despliegue militar, propio de un escenario de guerra: más de 300.000 soldados, numerosos carros de combate y ráfagas de disparos en todas las direcciones.

No se sabe con exactitud cuántos murieron. Las cifras oficiales hablan de un par de centenares de muertos y de un par de miles de heridos; pero se piensa que pudieron ser muchos más. El hecho de que tal información siga siendo clasificada es de por sí elocuente.

A MODO DE EPÍLOGO

Con la intervención en Tiananmén, **Deng Xiaoping** culminó lo que para algunos constituyó un golpe militar frente a la cúpula del poder político. **Zhao Ziyang** y sus partidarios reformistas fueron cruelmente purgados. Se bloqueó así la posibilidad de una evolución democrática en China. **Deng** estaba ciertamente comprometido con la liberalización económica y la apertura al mundo, pero no contemplaba la posibilidad de un proceso democratizador que pudiera amenazar al *statu quo*. Su estrategia para garantizar la perpetuación del PCCh en el poder -frente al desmoronamiento que ya se vislumbraba en la URSS- fue combinar una extensa propaganda con un sistema de represión eficiente y con un fuerte desarrollo económico, destinado a devolver al partido la legitimidad perdida y a generar una nueva élite que le estuviera sometida.

Rememorar Tiananmén es, por tanto, un

deber moral, un acto de solidaridad y de concienciación democrática. La revisión histórica de lo que sucedió en China el 4 de junio de 1989 desmiente muchos tópicos y ayuda a comprender que el país no siempre estuvo sumido en la espiral de autoritarismo *high-tech* que define su presente. **Sin Tiananmén, el “socialismo con características chinas” no tendría por qué haber desembocado en la versión totalitaria y represora que hoy se cierne sobre la RPC.** Hubo una época, antes de la masacre, en que podía haberse encaminado hacia otra dirección.

En China hubo y hay disidencia; no sólo fuera, sino también dentro del régimen, aunque se encuentre silenciada. Tales fisuras, que permiten entrever lo que podría haber sido **China sin Tiananmén**, constituyen sin duda una esperanza para los numerosos ciudadanos chinos que aspiran a una verdadera democracia.

REFERENCIAS

Cheng, J., & Yeoh, E. K. K. (2019). Thirty Years after the Tiananmen Protests and June Fourth Massacre: Requiem for a Chinese Dream—and Recharting the Path of Nonviolent Action and Civil Societal Movement to China’s Democratic Future. *Contemporary Chinese Political Economy and Strategic Relations: An International Journal (CCPS)*, 5(2), 801-900.

Nathan, A. J., & Link, P., eds. (2001). *The Tiananmen Papers*. London: Abacus.

Vogel, E. F. (2011). *Deng Xiaoping and the transformation of China*. Harvard University Press.

BBC Four - I Was There: Kate Adie on Tiananmen Square

<https://www.rfa.org/english/news/china/bao-tong-6.4-06042019094115.html> <https://www.rfa.org/english/news/china/quotes-11102022092308.html>



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura